

pueda deducirle como tésis. El principio del todo, es además el principio de la demostración; de suerte que la demostración saca su luz de él, pero no él de la demostración. Sería, pues, como hacer un círculo, aplicar el procedimiento de la demostración al principio de la ciencia. Lo que es causa de todo, no reconoce causa, como lo que contiene todo, no se halla contenido en nada. El principio es *el todo*, y fuera del todo, al lado del todo, superior al todo, no hay nada. La deducción carece, pues, de fuerza con motivo del principio de donde todo se deduce. Si el principio es *Dios*, Dios no se demuestra, pero se muestra en todo lo que existe, por consiguiente, también en toda verdad. Si el principio puede ser reconocido por nosotros, debe ser reconocido como no teniendo razón ulterior, como no siendo susceptible de demostración, y no teniendo necesidad, debe ser reconocido, en fin, de una manera *intuitiva* y no *discursiva*, como estando inmediatamente cierto en sí mismo. La certeza, como hemos visto, reclama la evidencia, pero no la demostración.

El hombre tiene dos facultades intuitivas, la sensibilidad y la razón. Los fenómenos son objeto de una intuición *sensible*, los principios objeto de una intuición *intelectual*. Las intuiciones sensibles determinan el campo de *observación* en las ciencias experimentales, las intuiciones intelectuales el campo de *contemplación* en las ciencias racionales. Se observan los hechos, se contemplan las ideas. Esta división de nuestras facultades intuitivas se explica por la psicología, y siempre ha sido disputada por los sensualistas ó por los que se inspiran en el sensualismo. La razón es el ojo del espíritu para las cosas divinas: lo que no vemos por los sentidos, lo vemos por la razón. Así es como vemos que todo fenómeno tiene una causa, que todo ser es idéntico á sí mismo, que lo infinito sobrepaja á todo número, que Dios es el ser de toda realidad. Platon y Aristóteles están de acuerdo sobre este punto. Las palabras de Platon *αὐτὸ κατ' αὐτὸ θεωρεῖν, ἐπισκοπεῖν* se aplican siempre á la intuición inmediata de la verdad ó de la esencia de las cosas; es decir, á la pura contemplación del pensamiento, desembarazado de las ligaduras de la sensibilidad. Aristóteles resume admirablemente esta verdad, que sirve hoy de base á la teoría de la razón: la razón es al alma lo que la vista es al cuerpo, *ὡς ἐν σώματι ὄψις ἐν ψυχῇ νοῦς*.

Dios es el objeto de una intuición intelectual; eso no es dudoso. ¿Pero esta intuición es conforme á su objeto, ó es una ilusión, un

fantasma de la razón? Hé aquí la cuestión que se ha de debatir en la filosofía.

## III.

## CONDICIONES INSTRUMENTALES.

Conocemos las condiciones generales que debe satisfacer la ciencia como sistema de verdades ciertas. Para que la ciencia pueda comenzar en presencia de las dudas que asaltan el pensamiento, es menester un punto de partida incontestable, para que pueda acabarse y desenvolverse bajo una forma orgánica; es menester un principio legítimo que contenga en sí todos los órdenes del conocimiento y de la existencia, que sea la razón de todo lo que existe. Ignoramos aun si estas condiciones son realizables: la una corresponde á la psicología, la otra á la lógica; sabemos solamente que en virtud de la idea misma de la ciencia, la ciencia sólo es posible con aquellas. Escusado es añadir que el pensamiento es quien vence con el *método* la distancia que separa el punto de partida del principio. El método es ménos una condición especial que el instrumento que preside al cumplimiento de las condiciones de la ciencia; solamente que este instrumento para funcionar bien tiene además que llenar ciertas condiciones.

El método es el medio de la certeza. La certeza supone que sabemos en conciencia que las cosas son tales como pensamos. Pero la conciencia de este acuerdo entre nuestro pensamiento y la realidad no puede establecerse sino por la *concordancia del análisis y de la síntesis*.

El *análisis* procede por intuición bajo la doble forma de la observación y de la contemplación, según que se trate de hechos ó de principios. Nos hace ver las cosas tales como nos *aparecen* en virtud de nuestra organización psíquica y física, es decir, tal cual hieren los sentidos ó la razón. Pero ¿quién nos asegura que nuestra constitución terrestre es conforme á la naturaleza de las cosas? ¿Acaso con otros sentidos ó con otra inteligencia, otros seres, en otro globo, no comprenderían de un modo bien diferente las sustancias y sus propiedades, el mundo y Dios? ¿Estamos, en fin, organizados acá abajo en armonía, ó en contradicción con los objetos, para descubrir la verdad ó para llenarnos de ilusiones? Estas dudas, desenvuel-

tas por Kant en la *Crítica de la razón pura*, deben hacernos el análisis sospechoso, cuando está abandonado á sus solos recursos. Pero tenemos un medio de remediar esta insuficiencia, y es recurrir á la síntesis.

Procediendo por deducción, la *síntesis* nos hace ver las cosas tal cual deben ser en virtud de su principio. Este conocimiento, fundado en la naturaleza de las cosas, basado en las relaciones necesarias que existen entre un principio y sus consecuencias, es evidentemente independiente de nuestra organización espiritual y física. ¿Habrá quien niegue que de un argumento cierto salen consecuencias ciertas? No hay, pues, en la síntesis los mismos motivos de sospecha que en el análisis. Cuando una verdad se demuestra, es preciso rendirse á la evidencia, ya que la demostración significa que la cosa *debe* ser como es. Nadie podría sostener seriamente que la conclusión de un teorema es un producto accidental de nuestra sensibilidad terrestre ó de nuestro entendimiento humano. ¿Cómo imaginarse que existe alguna parte de los seres para los cuales la relación de la circunferencia ó diámetro sea otra que la que conocemos, ó que desechen la que admitimos con motivo de las paralelas, de las ecuaciones ó de las fuerzas? Entre tanto, como la síntesis no hace más que razonar y no observa la realidad, puede también equivocarse, cuando está entregada á sí misma. El valor de sus deducciones depende del valor del primer principio de donde parte. Cualquiera que sea el rigor del razonamiento, si el principio carece de precisión ó si es solamente incierto, todas las consecuencias que se deducen son una *série de hipótesis*. Pero el principio de la síntesis no se obtiene por la demostración, sino por la intuición.

Los dos procedimientos del método son *independientes* el uno del otro, y frecuentemente se emplean separadamente. Se pueden aprender por intuición en las escuelas muchas cosas cuya causa escape á la razón, como se pueden aprender por deducción en los libros muchas cosas cuya intuición escape á nuestros ojos. Los fenómenos de la naturaleza están al alcance de todos; pero ¿quién puede lisonjearse de saber el por qué de ellos? El estado de fluidez del interior de la tierra se deduce de la teoría de la formación de los planetas; pero ¿quién lo ha hecho constar nunca por medio de los sentidos? Los ciegos y los sordos son capaces de estudiar las leyes de la óptica y de la acústica, pero incapaces de examinar sus efectos; otros descubren los efectos, pero ignoran los principios. La intuición y la de-

ducción, el análisis y la síntesis son por consiguiente posibles el uno sin el otro. Cualquiera puede limitarse á un conocimiento intuitivo de las cosas, siguiendo los límites de la observación, ó á un conocimiento discursivo, siguiendo el curso del razonamiento. Además se hallan en la historia de la filosofía doctrinas puramente analíticas, como el sensualismo, y doctrinas puramente sintéticas, como el panteísmo.

Pero los dos procedimientos del método pueden también aplicarse á los mismos objetos. En tal caso se sirven de *complemento* el uno al otro y nos dan conocimientos completos. Se puede, por ejemplo, demostrar en geometría que, en un triángulo rectángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de los cuadrados formados en los otros lados, y se puede también establecer en la experiencia esta igualdad: la verdad de hecho coincide, pues, con la verdad de principio; la intuición está conforme con la deducción, la cosa es como *debe* ser, no siendo esta una verdad relativa, sino una verdad absoluta. Por esta explicación se disipan las dudas á que el empleo exclusivo de un método puede dar lugar. El análisis sirve de prueba á la síntesis y la impide extraviarse por la fantasía; la síntesis sirve de prueba al análisis y demuestra la exactitud de sus averiguaciones. Si después de comparar, reconocemos que los resultados de la síntesis corresponden punto por punto á los del análisis, la duda no tiene razón de ser. La *certeza* tiene por garantía la independencia recíproca de los dos medios que conducen al mismo fin. Es evidente entonces que el objeto es en sí mismo tal como lo habíamos concebido, puesto que lo conocemos por intuición como debe ser según los principios; se demuestra al mismo tiempo que somos aptos para la verdad ó que la organización de nuestro pensamiento corresponde perfectamente á la organización de la realidad.

La constitución de la ciencia como sistema de verdades ciertas tiene, pues, finalmente por condición el acuerdo de los dos procedimientos del método.